

Nos hemos reunido a dialogar acerca de la importancia de proteger el patrimonio cultural de nuestras diversas localidades, regiones o países. Y, más particularmente, para intercambiar experiencias relativas a la protección o desprotección del patrimonio constituido por los monumentos y sitios urbano-arquitectónicos representativos o depositarios del espíritu de nuestra cultura. Por su peso cae que si este patrimonio no estuviera siendo atacado o que si por el contrario,

El neoliberalismo, la pérdida de memoria y la negación de la historia*

RAMÓN VARGAS Y SALGUERO
División de Estudios de Posgrado, Facultad
de arquitectura, UNAM
vasramon@servidor.unam

*Este documento fue presentado en el
Simposium Internacional de Conservación del
Patrimonio Monumental, conservación
de la arquitectura del siglo xx, Ciudad Universitaria,
México, 22 de octubre de 1998

estuviera bien protegido y conservado, no sería necesario conjuntar nuestros esfuerzos en salvaguardarlo. Aunque parezca repetir una obviedad a colegas ocupados cotidiana y profesionalmente en su preservación, conviene tener presente que nos reunimos una vez más dada una razón básica: dicho patrimonio se encuentra en permanente estado de alerta, en constante proceso de paulatina aniquilación, de destrucción. También es un lugar común decir que esos monumentos o sitios son representativos de sus respectivas épocas. Pocas tesis han encontrado tan general aceptación como ésta que establece la ineludible correspondencia de las obras humanas con su época. Pero si esta tesis tan reiterada es cierta, y lo es aunque se trate de una tau-

tología, es decir, de una definición inválida, dado que incluye el objeto por definirse, también lo sería la tesis opuesta, es decir, que también debiéramos suponer que la destrucción de ese patrimonio sería, a su vez, una manifestación de la época. Y esta es la tesis que brevemente quiero plantear a ustedes: la destrucción del patrimonio cultural histórico de los pueblos, destrucción manifiesta con particular relevancia en el campo de lo urbano arquitectónico, es una manifestación de la época. Es decir, que tal destrucción no se debe únicamente a la incuria o a la venalidad de algunas personas o funcionarios. Es mucho más que eso: es la manifestación de una parte del espíritu de la época o, más bien dicho, es una de las expresiones del fin de la época, del fin de nuestra época. Y aquí entramos en materia. En efecto, las épocas se determinan al comprobar, previo un estudio sumamente minucioso de una variedad muy amplia de hechos, que en todos ellos se detecta la existencia o la presencia de un carácter común, de una similitud, correspondencia o congruencia de lineamientos que los emparenta, que los vincula y/o convierte en variedades de un mismo género, en modalidades de una misma rama. De este modo, se alcanza un nuevo tipo de conocimiento gracias al cual comprendemos que debajo de la disparidad que campea superficialmente en un conjunto aparentemente heterogéneo de hechos, acciones o productos sociales, se encuentra un denominador común que los enlaza a todos. De este carácter común da

La destrucción del patrimonio cultural histórico de los pueblos, destrucción manifiesta con particular relevancia en el campo de lo urbano arquitectónico es, también, una manifestación de la época. Tal destrucción no se debe a incuria o venalidad

de algunas personas o funcionarios. Es mucho más que eso: es la manifestación de una parte del espíritu de la época o, más bien dicho, es una de las expresiones del fin de la época, del fin de nuestra época.

The destruction of the cultural historical heritage of the towns, destruction made evident with particular relevance in the field of the urban architecture, is also, a manifestation of the age. Such destruction is not only

due to the negligence or venality of some people or officials. It is much more than that: it is the manifestation of a part of the spirit of the time, rather, it is one of the expressions of the end of the age, of the end of our age.

cuenta la época, el tiempo histórico o el espíritu del tiempo. Si esto es así, sí cabe la hipótesis, y para algunos de nosotros la certidumbre, de que la destrucción del patrimonio cultural urbano arquitectónico es manifestación de una actitud que se despliega similarmente en otros ámbitos, debiéramos preguntarnos acerca de los hechos, acciones o sucesos cuyo espíritu coincide con la destrucción que, de manera casi inmisericorde, se lleva a cabo en el campo que nos ocupa. Así, pues, preguntémonos: ¿acaso en otros ámbitos de la vida y patrimonio cultural distintos del urbano arquitectónico que aquí nos reúne, también se manifiesta un similar espíritu destructivo? Segunda pregunta: ¿cuáles son esos campos y cómo se manifiesta en ellos dicho espíritu destructivo? Veamos lo que nos dicen algunos de los pensadores más connotados acerca de estos temas.

Uno de los campos en que de manera clara confirmamos la destrucción del patrimonio cultural de los pueblos, está constituido por el pasado mismo. Es el pasado, nuestro pasado, así en general, nuestros antecedentes, nuestra historia, la que está sujeta a un permanente proceso de anonadación. Mucho me temo que no hayamos reparado en este hecho de manera suficiente. Hecho que podríamos enunciar de la siguiente manera: el pasado a secas, el pasado en general, está siendo desestimado, primero, arrumbado después, y destruido en última instancia. Veamos lo que a este respecto nos dicen algunos de los más connotados pensadores actuales. El historiador inglés Eric Hobsbawm, uno de los más connotados de la actualidad, en su reciente y magna obra titulada en inglés *The age of extremes. A history of The world, 1914-1991*, misma que podemos traducir como *La época de los contrastes. Una Historia del mundo 1914-1991*, nos dice lo siguiente, escuchémoslo con atención:

La destrucción del pasado, o más bien de los mecanismos que vinculan la experiencia contemporánea del individuo con la de las generaciones anteriores, es uno de los fenómenos más característi-

cos y extraños de las postrimerías del siglo xx. En su mayor parte, los jóvenes, hombres y mujeres de este final de siglo crecen en una suerte de presente permanente, sin relación orgánica alguna con el pasado del tiempo en que viven.

La misma idea acerca de la destrucción del pasado nos la manifiesta otro autor cuyo



Vista del museo Guggenheim, Bilbao, España, obra de Frank Gehry

libro reciente está ayudando a esclarecernos algunos problemas que se encuentran a la base de la situación que venimos comentando. Para el investigador de la Universidad de Columbia, Marshall Berman, es la modernidad misma la que se encuentra en un proceso de destrucción —y permítanme hacer un paréntesis para enfatizar en el hecho de que un concepto común con el que todos estos autores se refieren a la situación actual, es el de *destrucción*. Dicho esto sin ánimo tremendista ni apocalíptico. Si por mo-

dernidad entendemos el conjunto de creencias, convicciones, ideas y, muy importante, modos de valorar la vida misma, entonces, Berman está en lo correcto al afirmar lo siguiente:

Ser modernos es encontrarnos en un entorno que nos promete aventuras, poder, alegría, crecimiento, transformación

de nosotros y del mundo y que, al mismo tiempo, amenaza con destruir todo lo que tenemos, todo lo que sabemos, todo lo que somos. Los entornos y las experiencias modernos atraviesan todas las fronteras de la geografía y la etnia, de la clase y la nacionalidad, de la religión y de la ideología; se puede decir que en este sentido la modernidad une a toda la humanidad. Pero es una unidad paradójica, es la unidad de la destrucción: nos arroja a todos en una vorágine de perpetua desintegración y renovación, de lucha y contradicción, de ambigüedad y angustia. Ser modernos es formar parte de un universo en el que, como dijo Marx, *todo lo sólido se desvanece en el aire*.

Sí, en la brillante síntesis de Marx, *todo lo sólido se desvanece en el aire*. O sea, el conjunto de creencias, de persuasiones, de certidumbres que han normado nuestra vida o, para decirlo en términos antaño usuales pero que desde tiempo han pasado a ser consideradas cursis podríamos decir que están en

plena decadencia los valores que nos normaban. Varias creencias fundamentales, en el sentido de que conferían fundamento a muchas más que respecto de ellas eran subsidiarias o derivadas, dependían de la idea que nos hacíamos acerca de la *modernidad*, de los *tiempos modernos*. Pero cuáles son esas ideas que fundamentaron a la modernidad, que le dieron sentido y le permitieron alcanzar la convergencia de los espíritus humanos en torno a su idea de la vida? Otro autor, el filósofo italiano Gianni Vattimo, nos

ofrece algunas respuestas a esta pregunta, coincidiendo con los autores anteriores en su caracterización de la modernidad. En su libro titulado *El fin de la modernidad. Nihilismo y hermenéutica en la cultura posmoderna*, nos dice:

...la modernidad se puede caracterizar, en efecto, como un fenómeno dominado por la idea de la historia del pensamiento entendida como una progresiva *iluminación* que se desarrolla sobre la base de un proceso cada vez más pleno de apropiación y reapropiación de los *fundamentos*, los cuales a menudo se conciben como los *orígenes*, de suerte que las revoluciones teóricas y prácticas de la historia occidental se presentan y se legitiman, por lo común, como recuperaciones, renacimientos, retornos.

84

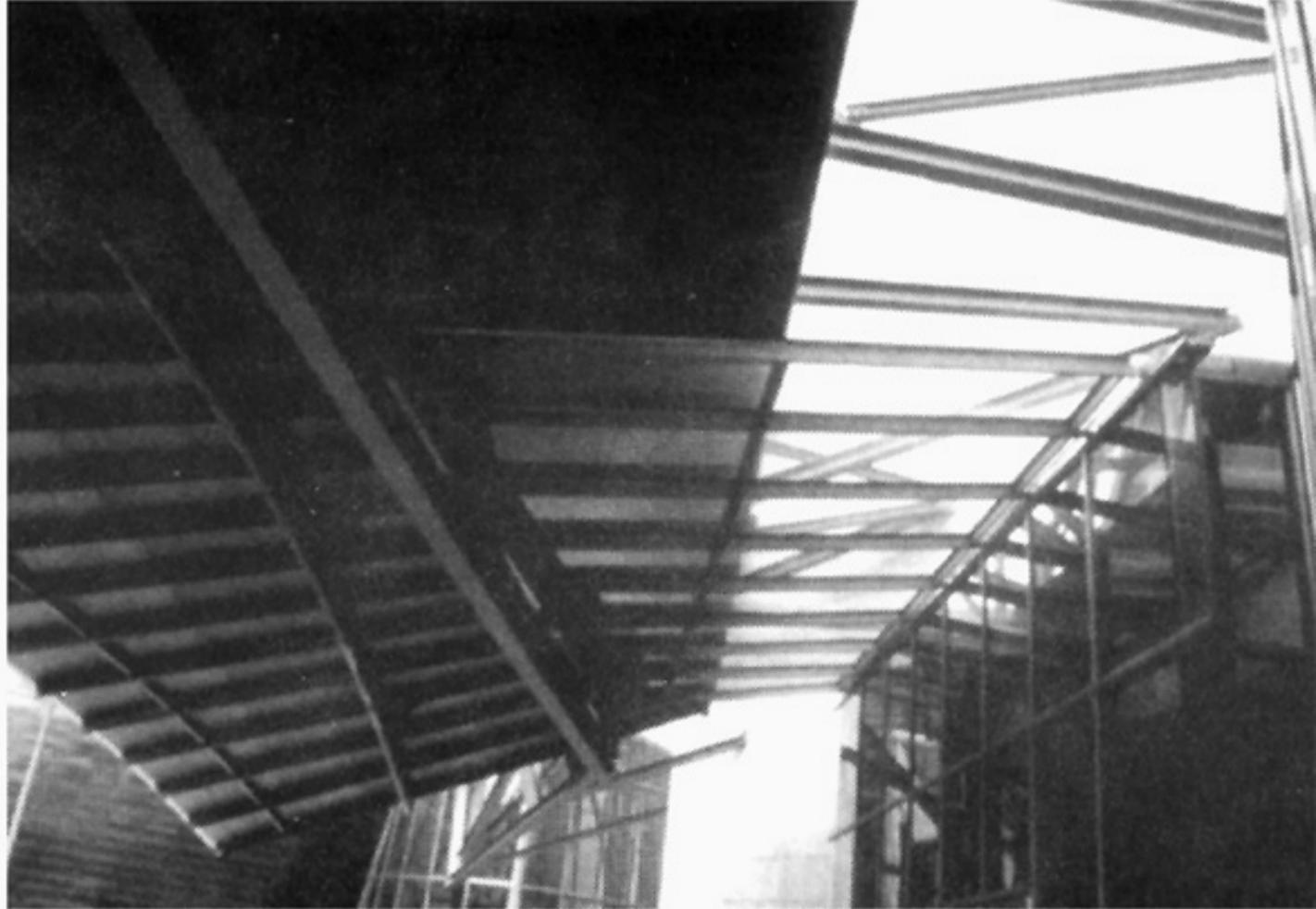
De la revisión del pensamiento de distintos autores actuales que estoy presentando a ustedes para confirmar mi certidumbre de que la destrucción que tiene lugar en el campo

del patrimonio urbano arquitectónico es una forma más de la destrucción que del mundo moderno está teniendo lugar, no puede estar ausente otro investigador de la misma Universidad de Columbia; me refiero a Robert Nisbet y a su *Historia de la idea de progreso*. Si Gianni Vattimo había destacado como conformadora de la modernidad la idea de que la historia del pensamiento estaba presidida por la certeza de que éste seguía una línea de progresiva iluminación, es decir, de progresivo conocimiento; para Nisbet serían cinco las premisas, las creencias fundantes de la modernidad. Modernidad que sería el continente patrimonial más amplio sujeto a proceso de paulatina destrucción y del cual el patrimonio urbano arquitectónico constituiría uno de sus ámbitos de guerra. Escuchémoslo *in extenso*:

Si bien no puede afirmarse que la fe en el progreso haya desaparecido completamente en el siglo XX, es cierto, sin embargo, que cuando los historiadores fijan definitivamente la identidad de nuestro siglo, dirán que una de sus principales características fue el abandono de la confianza en el progreso. En sus veinticinco siglos de historia, esta idea ha logrado sobrevivir muchas adversidades: la pobreza de las masas, las pestes y hambres, guerras devastadoras, depresiones económicas, épocas de tiranía religiosa y política, etcétera. Pero lo que no puede soportar la idea de progreso... es que desaparezcan sus premisas básicas. En su historia, desde Grecia hasta la

actualidad, hay cinco premisas principales: —oigámoslas con atención— la fe en el valor del pasado; la convicción de que la civilización occidental es noble y superior a las otras; la aceptación del valor del crecimiento económico y los adelantos tecnológicos; la fe en la razón y en el conocimiento científico y erudito que

ñanza como en la economía, el pasado ha dejado de ser una guía del presente, aunque todavía se encuentren algunas de sus huellas en ambas. En las relaciones familiares y sexuales, el pasado apenas ofrece comprensión ni consuelo. Sin embargo, los hombres han vuelto sus miradas al pasado a lo largo de los siglos



Detalle de la entrada

nace de ésta; y, por fin, la fe en la importancia intrínseca, en el valor inefable de la vida en el universo.

Me interesa especialmente abundar en lo que Nisbet y otros autores refieren acerca de la re-negación del pasado, en la desestima de que está siendo objeto en todo el mundo Occidental, y creo que ya no existe paraje ni comunidad en el mundo que permanezca ajeno a él. Aunque de manera secundaria, me interesa mucho poner de relieve que estoy trayendo a colación a autores de diversas nacionalidades inscritas todas ellas en los países imperiales, en los que, con rigor pueden ser considerados como corazón mismo de la cultura Occidental. El título del libro de J. H. Plumb *The death of the past* (La muerte del pasado) es por demás ilustrativo de la opinión que tiene acerca del tema. En él nos dice:

A nuestro alrededor, en todos los campos de la vida social y personal, cada vez más se debilita el arraigo del pasado. Los ritos, los mitos, la necesidad de raíces personales en el tiempo son ahora mucho menos fuertes que hace cincuenta o cien años. Tanto en la ense-

buscando algo más que un criterio que les guiara en el presente. Siempre habían creído que estudiando el pasado podrían discernir el futuro, y hasta predecirlo...

Stanley Hoffman, en un artículo publicado en la revista *Daedalus*, también nos intenta hacer ver que los hombres de la segunda mitad del siglo XX *hemos llegado a un punto en el que tendemos a renegar del pasado, a olvidarlo e incluso a matarlo*. (ver Nisbet, p. 451):

El fenómeno más sorprendente es la desconexión cada vez mayor con el pasado más lejano... El pasado se está convirtiendo en objeto de erudición o diversión más que en parte del propio ser de cada uno de nosotros por medio de la transmisión familiar o colegial. Lo que los franceses llamaban *passé vécu*, el pasado experimentado, queda desplazado por el pasado como producto del especialista o como producto para el consumo, un tema para eruditos o para el espectáculo.

Antes de pasar a la segunda parte de esta ponencia, en la que trataré de resumir cuánta

les pueden ser las causas más o menos verificables de esta destrucción del pasado que incluye la destrucción del patrimonio urbano arquitectónico que, a su vez, se encuentra inserta en la que para muchos es ya la liquidación de la época que titulamos *modernidad*, me interesa señalar un aspecto de mayor importancia. Se trata de uno muy sencillo que se encuentra explícito e implícito en los textos anteriores: lo que está en entredicho, aquello de lo que la destrucción de todo tipo de patrimonio está formando parte, es del fin de una época y del inicio de otra. De lo que se está hablando es del fin de esta época que llamamos modernidad y del principio de otra que, a falta de un término más preciso imposible de ponerle dado que no sabemos cuáles serán sus rasgos básicos, aunque podamos anticipar la probabilidad de algunos, es del principio de otra, de la posmodernidad. Fin de época que se ha venido anunciando por pensadores distintos, a los que no habíamos puesto suficiente atención tal vez porque nos hablaba de algo que a nosotros, los mexicanos, nos parecía muy distante, geográfica y culturalmente hablando. De algo que parecía acontecerle a Europa; de algo que todavía no se apreciaba con claridad y que, en todo caso, pasaría en un futuro poco predecible. Pero ya el célebre Charles Alexis Henri, señor de Tocqueville en su tal vez más famoso libro *La democracia en América* (1835-40) hacía ver, nótese bien, que:

los hombres acabarían degradados por la división del trabajo, que la ambición y la individualidad serían borradas o reducidas a un grado exagerado por los procesos de homogeneización y por fin, que la democracia podía acabar siendo la forma de despotismo más terrible de la historia. (Nisbet, op. cit. p. 441) Max Weber, por su parte, a quien muchos consideran el sociólogo más destacado de su momento, anunció: *No nos aguarda el florecimiento del verano sino la helada oscuridad de una noche polar erizada de dificultades*. (Nisbet p. 442) Y el célebre aunque desde hace tiempo poco estudiado filósofo alemán Oswald Spengler, en su cele-

bérrimo libro *La decadencia de Occidente de 1918*, produjo uno de los ataques más importantes que sufrió la idea de progreso. Ahora bien, una vez que hemos tenido en cuenta las opiniones de algunos de los pensadores más destacados que hacen ver hasta qué punto



Vista de la entrada

la humanidad se ha visto llevada a perder la memoria, y a renegar de la historia y del pasado en todas sus formas; una vez que apoyándonos en ellos no podemos menos que persuadirnos de la posibilidad de que nos encontremos, ya, insertos en un cambio de época del cual esa pérdida de memoria y esa renuncia al pasado son síntomas vocingleros, procede preguntarnos cuáles pueden ser o haber sido las causas de tal cambio, de tal abandono de creencias, de tal abandono de optimismo, de tal cambio de época.

La pregunta, como todas las preguntas, es compleja y compleja es la respuesta. No caben en estos ni en ningún otro tipo de problema, las respuestas simples. Pero, sin entrar en detalles que no cabrían en este momento, bien puede afirmarse que es el incumplimiento y, más

que eso, la abjuración de los grandes pilares de la modernidad, lo que ha conducido al desinterés respecto del pasado y consecuentemente, al desinterés por todo aquello en que el pasado se encuentra depositado. No sólo las ideas están en entredicho, no sólo los pensamientos, los ideales, los hábitos y modalidades de vida, sino que tam-

85

bien han perdido importancia aquellos objetos materiales que actúan como repositorios de todas aquellas ideas, creencias y valores. Los conjuntos urbano arquitectónicos no pueden pretender constituirse en un caso de excepción cuando todo a su alrededor está siendo arrumbado, destruido. Tal vez la respuesta a esa pregunta acerca de las causas que han dado lugar a la situación que venimos comentando, las encontremos, paradójicamente, en esa misma historia que distintos grupos de presión tienden persistentemente a desestimar. Una vez más encontramos algunas respuestas en los autores a quienes he-

mos traído a colación. Escuchemos a Hobsbawm en la obra citada:

Los decenios transcurridos desde el comienzo de la primera guerra mundial hasta la conclusión de la segunda fueron una época de catástrofes para esta sociedad que durante cuarenta años sufrió una serie de desastres sucesivos. Hubo momentos en que incluso los conservadores inteligentes no habrían apostado por su supervivencia. Sus cimientos fueron quebrantados por dos guerras mundiales, a las que siguieron dos oleadas de rebelión y revolución generaliza-

das, que situaron en el poder a un sistema que reclamaba ser la alternativa, predestinada históricamente, a la sociedad burguesa y capitalista...

Este siglo XX corto, este siglo que según Hobsbawm no cubre más allá de 1914 a 1991, o sea, del inicio de la primera guerra mundial a la caída del sistema socialista, estuvo plagado de catástrofes y esto es ya parte de la explicación que estamos buscando, dado que a una sociedad a la que se le había vaticinado que el predominio de la razón iba a conducirla al bienestar y a la felicidad, no podía menos que renegar de dichas prédicas cuando en vez de la felicidad se veía conducida al desastre. Recordemos a este respecto que el ofrecimiento, de parte de todos los ilustrados, de

que la humanidad advendría al reino de la razón si se dejaba guiar por la razón, por la ciencia y la técnica, fue uno de los ofrecimientos más insistentes y persuasivos que el sistema capitalista le hizo a la humanidad representada en la comunidad

86 europea. Pero con todo y que hacer ver el papel de los desastres acontecidos en el corto siglo XX nos arrojan una explicación, sería necesario procurar ir más a fondo. Esto es, a preguntarnos acerca del por qué de ellos. En efecto, si fueron motivados por el ser humano, si no fueron consecuencias al margen de su conciencia, entonces es perfectamente válido y posible encontrar explicaciones más hondas. A este respecto, como bien lo asienta el ya citado investigador de la Universidad de Columbia, Marshall Berman, fue Marx quien anticipó esta explicación apoyándose en otra serie de consideraciones. En su bien conocido *Manifiesto comunista*, escrito en 1847, Marx asentó respecto de la naciente sociedad capitalista lo siguiente:

Por un lado han despertado a la vida unas fuerzas industriales y científicas de cuya existencia no hubiese podido sospechar siquiera ninguna de las épocas históricas precedentes. Por otro lado, existen unos síntomas de decadencia que superan en mucho a los horrores que registra la historia de los últimos tiempos del Imperio Romano. Hoy día todo parece llevar en su seno su propia contradicción. Vemos que las máquinas, dotadas de la propiedad maravillosa de acortar y hacer más fructífero el trabajo humano, provocan el hambre y el agotamiento del trabajador. Las fuentes de riqueza recién descubiertas se convierten por arte de un extraño maleficio, en fuentes de privaciones. Los triunfos del arte pa-

recen adquiridos al precio de las cualidades morales. El dominio del hombre sobre la naturaleza es cada vez mayor; pero, al mismo tiempo, el hombre se convierte en esclavo de otros hombres o de su propia infamia. Hasta la pura luz de la ciencia parece no brillar más que sobre el fondo tenebroso de la ignorancia. Todos nuestros inventos y progresos parecen dotar de vida intelectual a las fuerzas materiales, mientras que reducen a la vida humana al nivel de una fuerza material bruta.

antes de haber podido osificarse. Todo lo sólido se desvanece en el aire; todo lo sagrado es profanado, y los hombres, al fin, se ven forzados a considerar serenamente sus condiciones de existencia y sus relaciones recíprocas... las ligaduras que ataban al hombre... las ha desgarrado sin piedad para no dejar subsistir otro vínculo... que el frío interés, el cruel *pago al contado*. Ha ahogado el sagrado éxtasis del fervor religioso, el entusiasmo caballeresco y el sentimentalismo del pequeño burgués en las aguas



Vista lateral

Y añade unos juicios que bien podemos considerar como una brillante y sintética explicación de la realidad que estamos viviendo. Juicios, anticipaciones, previsiones y análisis que no debiéramos dejar de estudiar si pretendemos ir más allá de la testificación de los hechos, de la testificación de la destrucción que se sigue llevando a cabo del pasado en todas sus formas y manifestaciones, los espacios urbano-arquitectónicos incluídos. Explicación que nos puede ser indicativa de la magnitud del olvido en que hemos caído, de la gravedad que implica el que hayamos arrumbado el pasado y la historia y de las posibles o asequibles medidas que deberíamos ir tomando a fin de enderezar el barco que hace agua, del barco que naufraga. Escuchemos a Marx una vez más en su escrito de 1847:

Todas las relaciones estancadas y enmohecidas, con su cortejo de creencias y de ideas veneradas durante siglos, quedan rotas; las nuevas se hacen añejas

heladas del cálculo egoísta. Ha hecho de la dignidad personal un simple valor de cambio. Ha sustituido las numerosas libertades escrituradas y las bien adquiridas por la única y desalmada libertad de comercio. En una palabra, en lugar de la explotación velada por ilusiones religiosas y políticas, ha establecido una explotación abierta, descarada, directa y brutal.

Y bien: ¿qué es el neoliberalismo que hoy nos ahoga sino esa *explotación abierta, descarada, directa y brutal*? A esta conclusión es a la que han llegado los investigadores más connotados. Pablo González Casanova, entre ellos, ex-rector de nuestra Universidad, en un reciente escrito titulado *Los indios de México hacia el nuevo milenio*, dice lo siguiente:

Tenemos que pensar que han desaparecido: primero, el Estado benefactor; segundo, el Estado desarrollista; tercero, el Estado liberador. No olvidemos que el Estado neoliberal expresamente se desvincula de cualquier responsabilidad de seguridad social, de desarrollo económico y de liberación nacional, o que las asume como retórica de circunstancia y como un mal necesario que se va a ir quitando de encima en cuanto pueda... Tenemos que pensar que la globalización es un proceso de dominación y apropiación del mundo. La dominación de Estados y mercados, de sociedades y pueblos, se ejerce en términos político-militares, financiero-tecnológicos y socio-culturales.

Y, añadiría yo, y con esto concluyo: es una dominación que también se ejerce pretendiendo que perdamos la memoria, que olvidemos el pedazo de nuestra historia depositado en el patrimonio urbano-arquitectónico, y en el vernáculo disperso en nuestro territorio. ¿Qué hacer? ¿Cómo detener esta veloz carrera? Decidir esas medidas debe ser objeto de todo el ICOMOS.*